

En el semisueño lo empecé a ver. Me saltaba el corazón en las mañanas, con la cabeza llena de imágenes. Empecé a tomar notas. Me puse monotemática total.

Me acordé de Mahler, Adamo me saltó de la radio, y por poco me rayó.

Por suerte tenía en mi currículum un par de maravillosas experiencias de montaje con una metodología muy experimental y muy precisa, que no tiene nombre, (al menos que yo sepa). Consiste a grandes rasgos, en reali-

zar el correlato objetivo del texto, dividirlo en unidades de acción, bautizar las unidades con un nombre activo y largarse a improvisar las unidades con toda libertad, eludiendo el texto, en la búsqueda del acontecimiento, de la atmósfera, de las relaciones. Un trabajo de equipo, de inspiración colectiva, de escenario, muy potente.

Lo único que yo sé de dirigir lo he aprendido actuando y es desde ahí que yo quería montar la obra.



Gabriela Aguilera, Cristián Gajardo, Elvira López, María Izquierdo, Sebastián Vila, Angela Acuña y Millaray Lobos.

Los ojos rotos, historia de aparecidos
de Almudena Grandes. Dirección de María Izquierdo. En la foto: María Izquierdo.

Ahora son chilenos

Almudena Grandes

Escritora

Escribí los ojos rotos en el año 1989, para que formara parte de una antología de cuentos de terror con la que inauguró su catálogo una flamante editorial de Barcelona que quebraría inmediatamente después, sin publicar ningún otro libro. Cuando definí mi relato, en el subtítulo, como "historia de aparecidos", mi principal propósito fue camuflar tras una figura clásica el carácter de un relato que, a pesar de todo, me parecía muy poco terrorífico. Porque lo que sí es cierto es que el personaje que desencadena la acción es un fantasma. Un espectro íntimo y amable para los ojos de Miguela, una aparición amarga y desafiante para la memoria colectiva de mi país. Orencio, mi fantasma, es un soldado de la Segunda República Española, uno de los últimos defensores de aquel régimen democrático, legítimo y legalmente constituido, que se negó a entregar sus armas a un general triunfante, traidor y sublevado. Eso era Orencio hasta ahora. Eso eran Orencio y Miguela, Queti y los demás. Hasta que María Izquierdo se empeñó en demostrarme con algo más que palabras, que este discurso tan usado, tan desgastado de puro repetido, que afirma la universabilidad de la literatura es verdad. La patria de un escritor en su idioma, hemos repetido todos también, muchas, nunca demasiadas veces. Ahora, Orencio, Miguela y Queti son chilenos y son quizás más míos que cuando los inventé. La literatura me ha dado muchas cosas buenas en mi vida pero pocas, muy pocas emociones como ésta. ●



Foto: Jorge Brantmayer



Creo que lo mejor de actuar es que uno puede proponer. Cuando un director invita, un actor va. Y así fue como trabajamos. Sin descanso, largas jornadas, buscando desde el escenario, con la brújula del acontecimiento y las atmósferas de nuestra imaginación.

Ni fácil, ni difícil. Muy interesante, muy exigente.

Creo, después de esta experiencia, que la mejor herramienta del director son sus oídos. Escuchar para componer con las melodías de todos. Melodías complejas y a veces diso-

nantas, que van trayendo la historia del libro, al presente del escenario.

El proceso

Con algunas claridades y un grupo de aliados, incluida la escritora del cuento desde España, nos largamos al montaje de esta historia.

La propuesta de ensayos era de siete semanas que después fueron nueve, jornada completa, de lunes a viernes, con almuerzo incluido.

El lugar de ensayos, el MAC, el estreno en el Teatro del Puente.

El equipo, un grupo de casi des-

conocidos con buenas referencias.

Los actores invitados al trabajo debían poder cantar y bailar además de actuar.

Yo sabía que Mahler y que Adorno, que bifrontal, que blanco y blanco y que la historia debía ocurrir. No quería contarla, quería que nos aconteciera.

En las mañanas trabajábamos danza y música, en las tardes, actuación y puesta en escena.

Dividimos el cuento en unidades de acción, las titulamos y las improvisamos, evitando el texto, aunque

Triplemente **María**

Begoña Zabala y Nelson Villagra



Foto: Jorge Brantmayer

Hablar o escribir sobre la puesta en escena de *Los ojos rotos* de María Izquierdo y su *Miguela*, la mongólica cuarentona, es una especulación inútil, casi impertinente.

Almudena Grandes escribió un hermoso cuento, adaptado, dirigido y actuado por María triplicada. Y ella, la actriz, ha convertido *Los ojos rotos* en una obra de arte, también por triplicado. Una de las obras más conmovedoras e inteligentes que nos ha tocado ver en nuestra vida.

Cuatro meses más tarde de haber visto esa puesta en escena, la emoción perdura en la memoria del sentimiento, y al tratar de describir semejantes emociones y sentires, el corazón late de prisa, los ojos se llenan de lágrimas, y recordamos con toneladas de sana envidia otros *Ojos*, los de María, transmitiendo a través de *Miguela* –desgarradora e involi-